

LOS BILLETES PERDIDOS

POCOS meses hacía que Robin Dale había terminado sus estudios en la facultad, cuando ocurrió el caso de Berón, el cajero del Banco Nacional, que un día desapareció con cien mil pesos en billetes de banco. El crimen de que luego fué víctima era aparentemente sencillo; pero más tarde se complicó por la forma cómo el cuerpo de Oliverio Berón fué encontrado y por el número de crímenes que le siguió, los cuales aparentemente no guardaban relación alguna con el robo del banco. En cada uno de estos casos la pista principal la constituyó un billete de mil pesos, de los cuales habían sido robados por Berón. Cuando aún no se tenía conocimiento del crimen, Robin Dale recibió de parte del director del diario en que trabajaba la misión de interpelar a Alejo Terán, el director del banco, quien le informó que el cajero en cuestión había sido siempre un empleado modelo. No fué sino varios días después que se conoció la noticia que había de dar lugar a una de las primeras intervenciones de Robin Dale en la persecución de los criminales. Oliverio Berón había sido asesinado. Su cuerpo se hallaba en aquellos momentos en el Departamento de Policía. Al llegar a ese sitio, Morgan, perteneciente a la policía secreta, fué el primero en recibirlos y en comunicarles las novedades.

—Fué golpeado en el cráneo con algún objeto pesado; probablemente con la culata de un revólver.

—¿Tenía el dinero encima? — preguntó Robin Dale.

Por toda contestación Morgan sacó de su bolsillo un billete de banco y lo extendió al detective. Era un billete de mil pesos. Los repórters abrieron los ojos asombrados, no se sabe si ante lo imprevisible del hallazgo o por el hecho de que era la primera vez en su vida que veían tal cantidad de dinero junta.

—Un sereno lo encontró en un rincón de un dique, en el puerto, no hace más de media hora — habló Morgan; — nada más que este dinero tenía en su poder. Nadie vió entrar ni salir a persona alguna del dique, pero, sin embargo, tenemos a un par de individuos bajo sospecha y esperamos hacer otro arresto antes de que llegue la noche.

En aquel momento entraba Alejo Terán, el director de banco, que debía identificar el cadáver. Después de hacer esto tomó el billete de mil pesos y comparó su numeración con las que tenía anotadas.

—Este es uno de los billetes robados, Morgan. La cifra corresponde a una que usted puede ver aquí: 28.111.395 E.

Terán estaba a punto de guardarlo, cuando Morgan interceptó su acción.

—Ya se lo daremos más tarde, señor Terán. Ahora necesitamos conservarlo para poder exhibirlo en caso necesario.

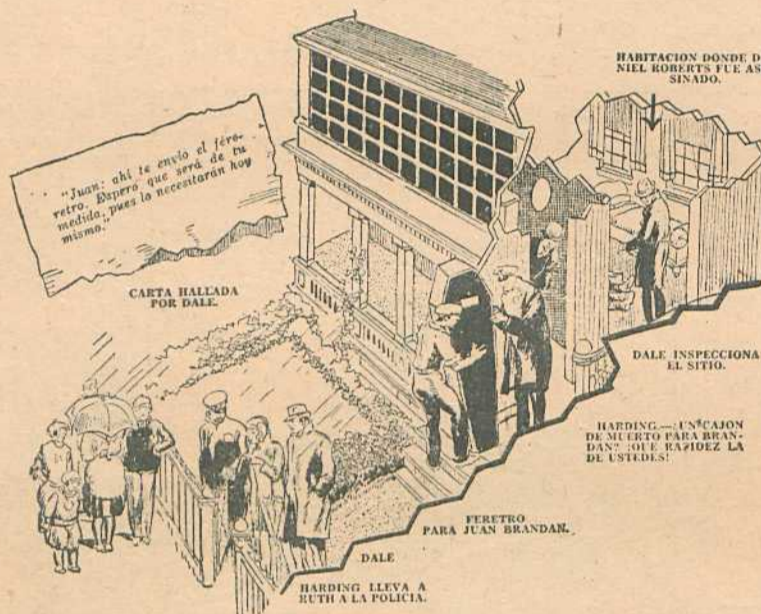
Terán sonrió y devolvió el billete. Poco después, como no se producían novedades, Dale se marchó al diario para escribir su artículo. La mañana siguiente se presentó fría y lluviosa. Dale se dirigió como de costumbre al negocio de Durante, situado frente al Departamento de Policía y donde acostumbraba a reunirse con los demás periodistas.

—¡Hola, Millán! — dijo dirigiéndose a uno de los que allí estaban. — Parece que hace frío, ¿eh?

—Sí; parece — contestó el interpelado, mientras acercaba sus manos a

Un cuento policial de ARTURO HOERL

Este episodio es uno de los primeros en que le tocó intervenir a Robin Dale, el sagaz periodista y detective, cuando ya finalizados sus estudios en la Facultad, eligió esta profesión que tantos y tan resonantes triunfos había de brindarle. No hace mucho tiempo se le preguntó cuál consideraba la más emocionante aventura de su vida. Y por toda contestación él narró el siguiente episodio. Tal vez sea porque en él vió perderse su primer amor, que es lo que con más fuerza queda siempre grabado en el corazón del hombre.



una estufa de pie que se hallaba a su lado.

Continuaron conversando de cosas triviales durante algunos minutos, hasta que los otros se levantaron y salieron. Dale se quedó solo haciendo guardia. Hacía pocos minutos que se hallaba abismado en sus pensamientos cuando la puerta se abrió para dar paso a un hombre joven. Parecía muy nervioso y lanzaba furtivas miradas a su alrededor, hasta que encontró a Durante, a quien se dirigió con las siguientes palabras:

—¡Necesito comprar un cajón de muerto!

Nada extraña era la proposición si se considera que en los fondos de aquella casa Durante tenía instalado un pequeño taller de carpintería, dedicado exclusivamente a la fabricación de cajones de esa clase.

—Perfectamente, señor, perfectamente — contestó el dueño mientras abrían un álbum donde podían verse dibujados diferentes modelos. — Aquí tiene uno muy bonito. Le cos-



ERA EVIDENTE QUE UNA VIVISIMA SIMPATIA HABIA NAUADO ENTRE AMBOS.



LOS DOS HOMBRRES SE APROXIMARON Y COLOCANDOSE UNO A CADA LADO...



—JAMAS! ¡ATREVANSE! ¡PUEDO LUCHAR CON TODOS AL MISMO TIEMPO! — PERO LUEGO RIZO UNA PAUSA.

tará doscientos pesos, a menos que desee algo mejor.

—Lo que necesito es uno fuerte, de madera dura. ¡Este me agrada! Enviemelo esta tarde a la calle de la Libertad, N° 1142, a nombre de Brandan; de Juan Brandan. Aquí tiene el importe...

Dale no podía evitar escuchar la conversación. El visitante se dirigió hacia la puerta, pero antes de que pudiera abrirla ésta se movió sola impulsada por una mano femenina. Una joven de extraordinaria hermosura apareció y detuvo al joven.

—¡Jorge! ¿Qué has hecho?

—¡No te interesa, Ruth! ¡Yo solo me las arreglaré!

—¡Debes decírmelo, Jorge! ¿Qué has estado haciendo aquí?

El visitante no contestó, y apartándola violentamente salió, cruzando la calle sin parar atención en la lluvia que caía incesantemente. La joven se hallaba de pie en el salón, indecisa. Dale se aproximó a ella.

—Tal vez yo pueda ayudarla, señorita... , señorita...

—Castelli... , Ruth Castelli. Trabajo en el Banco Nacional. — Calló, indecisa, como arrepentida de sus palabras, hasta que al fin prosiguió con tono suave: — ¡Por favor! ¿Qué hacía ese joven aquí?

—Vino a comprar un cajón mortuario. Dijo que lo enviaran a la calle de la Libertad, N° 1142, a nombre de un tal Brandan, o algo por el estilo.

—¡Pero si no hay ningún muerto en esa casa! ¡Dios mío!, ¿qué haré?

Se hallaba agitada e indecisa. Miró a Dale con ojos suplicantes. El detective vió que eran azules, grandes y que se mostraban muy asustados.

—¿Dijo usted que no hay ningún muerto en esa casa? ¿Por qué, entonces, se ha comprado el cajón?

—¡Oh!... Temo mucho que... — calló por breves instantes, hasta que prosiguió como queriendo alejar una idea de su mente: — ¡No, por favor!... Usted es demasiado bueno para mezclarlo en esto. — Y sin decir otra palabra se volvió, abrió la puerta y huyó casi corriendo.

El joven permaneció inmóvil, sin saber qué hacer. Mecánicamente se sentó y durante un largo rato no pudo apartar de su pensamiento la imagen de aquella muchacha con sus ojos tan dulces y tan tristes. La campanilla del teléfono lo volvió a la realidad. Oyó la voz del director de su periódico que lo llamaba.

—¡Corra inmediatamente a la calle de la Libertad 1142! ¡Hace pocos minutos que se ha cometido allí un asesinato!

¿Calle de la Libertad N° 1142? ¿Y hace pocos minutos que alguien fué asesinado ahí? ¡De manera que el cajón había sido encargado cuando la persona vivía aún! ¡Y la joven se hallaba mezclada en todo aquello! ¡Robin Dale se puso el sobretodo y partió rápidamente.

La dirección indicada correspondía a una casa de estilo antiguo, de ladrillos rojos. Un cerco de gruesos barrotes de hierro rodeaba los jardines. Al entrar Dale encontró al sargento Harding, con quien mantenía muy buenas relaciones.

—Bien — dijo cuando lo vió entrar. — Usted que es repórter podrá averiguarlo todo con más facilidad que nosotros.

Y añadió, en tono de broma:

—Entre, y a ver si cuando sale ya